

El tren a Siena



Anna

Yo ya estaba muerta. Lo primero que me sorprendió fue por qué podía seguir hablando conmigo misma si estaba muerta. ¡Qué rara es la muerte!

Noté que mi cuerpo se balanceaba a merced del viento. No podía mover mi cabeza y mi cuello estaba rígido, pero el resto de mi cuerpo se movía sin control. Intenté que mis pies se quedaran quietos y parar ese vaivén descontrolado, pero fue imposible. Esto me pareció todavía más loco. ¿Dónde estaba? ¿Qué me pasaba?

Mientras intentaba recordar, comencé a ver un poco de luz, una luz que parecía del amanecer, aunque esto no me aclaró mucho. En pocos minutos mis ojos se enfocaron y distinguí lo que me pareció el tronco de un árbol, sus ramas y una cuerdecita blanca que pasaba por mi barbilla, continuaba por mi nariz y, por último, marcaba el centro de mi frente pero sin tocarla. Bizqueaba para ver de dónde salía esa cuerdecita que me parecía muy fina. ¿Qué pintaba esa pequeña cuerda marcando el centro de mi cara?

En ese momento escuché una voz:

—¡Se ha colgado! ¡Madre mía, se ha colgado!

—¡Hostia! ¿Quién era la persona que escuchaba y por qué no la veía? ¿Qué decía de un colgado? No me apetecía nada ver un muerto. Se fueron sumando voces y volví a esforzarme en entender lo que decían.

—Pobrecita, es muy joven.

—Se ha colgado del revés.

Esto último me ralló más todavía. ¿Cómo del revés? ¿Por lo pies? No entendía nada. ¿Y por qué decían pobrecita? ¿Era una chica? No podía imaginar que hablaran de una chica, en mi mente imaginé que era un chico. Hice un esfuerzo sobrehumano por estabilizar mi cuerpo, pero no lo conseguía y mi frustración iba en aumento. Intenté cambiar de posición y ver algo que me fuera conocido. Un instante después ya no me movía, y la visión de aquel árbol y sus ramas fue sustituida por la visión del mar, de un amanecer precioso y de un pequeño pueblo ocupando el espacio de una cala encerrada entre dos montañas, todo muy pequeño. ¡Joder, qué raro todo!

Ahora estaba sentada en una rama del árbol. Recorrí el paisaje pero seguía sin reconocer nada de lo que veía. Miré hacia abajo y vi varias personas muy nerviosas, entre ellas un chico que no debía ser mucho mayor que yo y que tenía la cara desencajada. Pensé que lo mejor sería bajar del árbol y preguntar dónde estaba. En ese momento miré hacia abajo y lo que vi me dejó loca.

Yo ahorcada en un árbol.

Ese es el momento en el que descubrí que yo estaba muerta.

Me acordé de un artículo que había leído en una revista *Muy interesante*, donde un parapsicólogo aseguraba que los tres primeros días, tras la muerte, el alma es capaz de ver y oír todo lo que pasa alrededor antes de cruzar el famoso portal de luz que te lleva al otro lado.

¿Qué me había pasado? ¿Cómo había acabado ahorcada en un árbol de no sé qué playa?

Álvaro

Yo tenía diecinueve años y era periodista en prácticas del diario *La Verdad*. Todas las mañanas, antes de ir a trabajar, pasaba por el cementerio a visitar a mi madre; hacía muy pocos meses que había muerto y echaba de menos nuestras conversaciones.

Conforme subía por el sendero que me llevaba al camposanto, vi algo que me llamó mucho la atención: me pareció ver una persona colgada del pino de la entrada. Me acerqué y confirmé mi

primera impresión. Me quedé parado unos minutos sin saber qué hacer.

Bajé corriendo la pequeña cuesta que me separa del pueblo, entré en el primer bar que encontré e hice dos llamadas, una a la policía y otra a mi hermano Alejandro para que me trajera la cámara de fotos.

Deshice el camino y volví a la entrada del cementerio. Entonces miré a la chica que colgaba del árbol y me puse a llorar. Parecía una chica muy joven, con una carita preciosa, los ojos cerrados y los brazos pegados al cuerpo. Justo debajo de ella estaban sus sandalias perfectamente colocadas. Siempre había creído que los ahorcados tenían la cara morada, los ojos abiertos y la lengua fuera, pero ella parecía dormida.

Me pareció muy raro, no parecía haber sufrido. Además estaba colgada lo que a mí me pareció del revés. Su cuerpo estaba mirando al árbol y no a la bahía.

Llegó mi hermano con la cámara, hice fotos de la chica, de las sandalias y de todo lo que rodeaba a aquel árbol, pensé que en el periódico me felicitarían. No sabía que los suicidios eran noticias invisibles, se manejaba la teoría de que estas animaban a otros suicidas, por lo que se silenciaban.

En pocos minutos apareció Rogelio, el capitán de la guardia civil de Port Bou. No me gustaba nada ese hombre, burdo y maleducado, siempre aprovechaba su cargo para darse importancia y molestar a todos los que no fueran de su ideología. Los jóvenes del pueblo intentábamos mantenernos alejados de él. Ese día sacó lo peor de su carácter. No puedo olvidar sus primeras palabras.

—Esta zorra se podría haber suicidado en otro pueblo.

Alejandro y yo no dábamos crédito a sus palabras, que no denotaban ni un atisbo de lástima.

—Tú ¡baja al cuartel, que avisen al juez y al forense!

Ví a mi hermano, a quien se había dirigido, corriendo hacia el pueblo. En ese momento Rogelio reparó en mi cámara y me fulminó con la mirada.

—Espero que no utilices esas fotos para hacerte el súper periodista. Eres un mocoso de mierda al que sólo dan trabajo porque las prácticas no se pagan. Ya veremos cuándo acabes la carrera si eres capaz de vivir de esto.

En ese mismo momento lo hubiera matado.

Media hora más tarde llegó Alejandro con la cara más blanca que he visto en mi vida, acompañado de otro guardia.

—Dice el forense que la descolguemos y la llevemos al depósito. No piensa venir.

Entonces vomitó.

Anna

Se ve que la muerte te convierte en políglota. Yo hablaba italiano y alemán, además entendía lo que decían esas personas que hablaban en castellano, aunque hubiera preferido no entender, ya que todo lo que oía me estaba poniendo de los nervios. ¿Qué yo era una zorra? ¿Qué me había suicidado? Nunca había cobrado por follar y mucho menos me había quitado la vida. Intenté recordar cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era estar en Florencia en casa de mi hermana. ¿Cómo había llegado a España? ¿Qué día era? ¿Por qué colgaba de un árbol?

Recuerdo el olor del café y el sabor de las tostadas con mantequilla que mi hermana preparó esa mañana. Ella se iba a la universidad, muy ilusionada con el inicio del nuevo curso, y bromeamos sobre que ese año encontraría novio, ¡estábamos seguras! Yo quería pasar el día en Verona, mi intención era visitar el museo de ciencias naturales y volver en el último tren de la tarde. El museo era un referente para todos los que queríamos estudiar biología y esa era mi intención después de haber aprobado el selectivo con muy buena nota. Salí de la casa y me dirigí a la estación. Recuerdo llegar y comprar mi billete de tren, también esperar en el andén mientras observaba a la gente. Después de eso, no recuerdo nada más.

Álvaro

El asqueroso de Rogelio me tenía alucinado. Mientras esperábamos a que llegara el juez de guardia, él charlaba con la mayoría de curiosos que se habían acercado a ver qué pasaba, como si estuviéramos en el mercado municipal. Port Bou es un pueblo muy pequeño y la noticia había llegado a todos sus rincones.

En ese momento, la entrada del cementerio parecía una feria, guardia civil y vecinos se agolpaban a los pies de la chica.

Una vecina con más corazón que el resto se quitó el poncho que llevaba sobre los hombros y pidió que taparan la cara de la chica. Me sorprendió el poco cuidado con el que se trataba la zona, a pesar de que a mí todo me parecía muy raro. Los guardias no tenían la menor duda del que la chica se había suicidado.

Rogelio revisó los bolsillos de la chica, pero no encontró nada. Sólo las sandalias a sus pies, como si estuvieran esperando a que bajara del árbol para continuar caminando.

Lorenzo

En el año 1989 me asignaron la zona del Alt Empordá. Esa zona comprendía más de dieciséis poblaciones, por lo que suponía más trabajo del que yo deseaba. La administración no pagaba los traslados al forense, así que estaba enormemente molesto, ya que a los jueces no sólo les cubrían los desplazamientos, sino que les ponían un taxi a su disposición mientras yo recorría las carreteras con mi viejo Volvo jugándome la vida en cada curva.

Cuando esa mañana me llamaron anunciándome que debía ir a levantar el cadáver de una suicida, me negué rotundamente. Le dije al guardia que la descolgaran y me la trajeran al depósito, no pensaba ni de lejos recorrer los sesenta kilómetros que me separaban de Port Bou.

Cuando me llegó el cuerpo, me sorprendió que fuera una chica tan joven, no más de veinte años. La examiné con atención y no encontré signos de violencia. Las manos y los pies estaban limpios. Mi informe: muerte autolítica, no se aprecian signos de violencia, mujer de unos veinte años con características raciales de Europa del norte.

La guardia civil no la había podido identificar, así que le asigné una cámara frigorífica a la espera de que alguien la reclamara.

Anna

Empiezo a recordar.

Mientras espero la llegada de mi tren, se me acerca una chica.

—¿Cuál es el andén para el tren a Verona?

—Este. Yo espero ese tren.

Entablamos conversación. Es una chica simpática, pero me parece un poco triste. Me cuenta que va a Verona a ver a su madre. Charlamos sobre música, sobre qué estudiamos, de dónde somos... Me pide que la acompañe al baño, pues en las estaciones son muy inseguros. Recuerdo entrar, con las puertas llenas de grafitis y el suelo sucio. Después de eso, nada. No sé si me desmayé, pero sí que noté el suelo en mi cara y el olor a mugre entrando en mi nariz.

Lucía

Mi trabajo es localizar chicas jóvenes para la trata de blancas. Con la ayuda del gorila de turno, buscaba en las estaciones chicas de mi edad que viajaran solas.

Ese día no tarde en fijar mi objetivo, en provocar el engaño y, por último, en dopar a la víctima para después sacarla de la estación en silla de ruedas y meterla en la furgoneta que la trasladaría a España.

Esta chica no era como las demás. Cuando se despertó en pleno viaje se puso muy violenta, por lo que tuve que pincharle una segunda dosis de heroína. Enseguida me di cuenta de que algo no iba bien, ya que parecía no respirar. Me entró un pánico horrible. Me harían pagar las consecuencias y eso me aterraba. La toqué y confirmé mis sospechas.

—¡Para, para, la he matado! ¿Qué hacemos? ¡Dios mío, qué hacemos!

Llegamos a Port Bou, fuimos directos al cementerio y, en el pino de la entrada, colgamos a la chica simulando un suicidio.

Nunca olvidaré ese día.

Isabela

Estaba muy feliz con la visita de mi hermana, echaba de menos nuestros momentos de confianzas y risas.

Cuando volví de la universidad, me extrañó no encontrarla en casa, pensé que habría perdido el tren de regreso y que llegaría en el siguiente. Pasaron las horas y empecé a preocuparme, llamé a casa de mis padres para preguntar por ella, pero no sabían nada.

Anna había desaparecido.

La desesperación y la pena de ver a ver mis padres destrozados me impidieron vivir con normalidad durante años. Transite por la vida con un velo negro en el corazón.

Treinta años después recibí una llamada que acabó con nuestra incertidumbre y dio paso a la tristeza infinita.